

Nota de la redacción

En la "Critiquilla" de la página frontal se habla de faltas en el urbanismo de Rentería, y entre ellas se cita al callejón de Morronguilleta. Quizá esta fuera suficiente razón para reproducir las fotografías de ambos lados del túnel, pero el traerlas hoy a las páginas de "OARSO" tiene otro objeto.

Tenemos la idea de que nuestra revista debe de ser un poco catálogo y archivo de cuanto de interés suceda en Rentería, conservando para los renterianos de mañana las imágenes de su pueblo que no alcanzaron a conocer.

Dentro de poco tiempo, "las casas de la Filomena" y el "callejón de los potos" no existirán. Las exigencias de urbanización de un pueblo que se hace más grande cada día, obligan a su derribo para un mejor aprovechamiento del solar, y ya no será posible transitar por este callejón que, oscuro y sucio, tan bien ha venido cumpliendo, sin embargo, su



función como camino, y también como paseo de enamorados y "parque" de juegos infantiles —"a bules" y "a hacer aventuras"—, durante los muchos años de su simpática existencia.



Anécdotas, sucedidos...

De pelotaris

Cuenta Melchor Guruceaga que a raíz de sus primeros éxitos los aduladores y satélites del artista a quien sonríe la suerte, que nunca faltan, les dijeron repetidamente a él y a sus compañeros renterianos que ya eran *pelotaris de cartel*.

Melchor que, por aquel entonces, no dominaba mucho el castellano, procuró retener esta frase «de cartel», cuyo significado no comprendía exactamente, y en cierta ocasión en que varios amigos le preguntaban y le felicitaban por sus éxitos al relatarlos, dijo muy ufano: «¡Sí, nos han dicho personas inteligentes que ya somos *pelotaris de cartón!*»

Una de Juan Mari

Por aquellos días, aun quedaban en San Sebastián muchos coches de caballos que hacían con ventaja la competencia a los taxis, cuando se trataba de pasear o de viajar sin prisa.

Una noche, agotados sus recursos financieros en la Parte

Vieja, un grupo de renterianos que, a pesar de ello, no se resignaban a hacer el recorrido a golpe de calcetín o «apiesmente» que dicen los venezolanos, alquilaron un «landó» para volver a casa. Claro que como no les quedaba ni una perra había que usar de una gran técnica para hacer el viaje gratis.

El más «potolo» de ellos, que tenía experiencia de ocasiones anteriores, fue quien trazó el plan. Elegir, por si acaso, el cochero más gordo y viejo, llegar al coche armando jarana y derrochando despreocupación, pero discutir el precio. El más «cara» se sentaría en el pescante y procuraría intimar con el auriga e inspirarle confianza. Luego, mucho barullo, hablar de dinero y cantar fuerte hasta Herrera «o así», ir bajando el pistón y desde Pasajes hacerse los dormidos.

Todo salió perfecto, y cuando en el alto de Capuchinos, el del pescante comprobó con el rabillo del ojo que ya no quedaba nadie atrás, empezó a gritar al cochero: —«Para, para, que estos *nos* han hecho una jugada»; y seguido: —«Mira dónde va uno... a ese lo cojo»; y se lanzó a «tumba abierta» por la bajada al puente de Lezo gritando: —«Que te pillo..., que te pillo...»

Cuando el bueno del cochero dejó de oírle, todavía lleno de buena fe y sin quererse convencer de que había volado el pienso del día siguiente para sus jamelgos, le llamaba todo inocente:

—«Oye..., sube..., ya les buscaremos juntos...»

Pero se le cayó el alma a los pies, cuando oyó la respuesta que en verso le lanzaba Juan Mari desde lo más profundo y oscuro del camino de abajo:

—«Ponle una vela a los difuntoooooos...»